

# Del paisaje a la historia, de la historia al paisaje: mis viajes por España con la profesora María Inés Carzolio

José Ángel García de Cortázar  
(Universidad de Cantabria, España)

La tradición académica de cerrar el ciclo oficial de magisterio de un profesor con la publicación de un volumen de colaboraciones de colegas y discípulos se renueva con el que se ofrece en estas páginas a la doctora María Inés Carzolio. Como en otras iniciativas semejantes, a quienes participamos en ella se nos ha ofrecido la doble posibilidad de contribuir en su homenaje con un artículo científico o con unas páginas que, como fragmentos de una semblanza, redondeen el perfil humano y profesional de la homenajeadada. De las dos opciones, en este caso, he escogido la segunda. Me parece que un artículo de un altomedievalista español en una miscelánea que —en el propósito de los organizadores— debe centrarse cronológicamente en los siglos de la Edad Moderna, tiene menos sentido, en este momento, que una evocación más personal de mis contactos con la profesora Carzolio.

Los primeros de esos contactos vinieron, cómo no, prendidos de las páginas de diversos números de la revista *Cuadernos de Historia de España*, resultado del primigenio empuje del patriarca del medievalismo español,

---

García de Cortázar, J. Á. (2017). Del paisaje a la historia, de la historia al paisaje: mis viajes por España con la profesora María Inés Carzolio. En B. Vincent, C. Lagunas, E. Reitano, I. Sanmartín Barros, G. Tarragó, J. Polo Sánchez,... O. V. Pereyra (Coords.), *Estudios en Historia Moderna desde una visión Atlántica. Libro homenaje a la trayectoria de la profesora María Inés Carzolio* (pp. 29-46). La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Memorabilia; 2). ISBN 978-950-34-1581-8.

Claudio Sánchez Albornoz, en su exilio bonaerense que sus discípulos — quizá con más exactitud, discípulas— supieron prolongar con espíritu decididamente quijotesco. En números de aquella publicación de los años 80 del siglo pasado llegó a mi conocimiento la existencia de una investigadora que, como era tradicional en la mujer casada argentina, arrastraba hasta las páginas eruditas de sus investigaciones sobre la sociedad de Galicia en la Edad Media el apellido de su marido. María Inés Carzolio de Rossi comenzó a aparecer en mi horizonte de referencias porque también ella, como a mí me había sucedido con San Millán de la Cogolla, se había hecho con su propio monasterio, el de San Salvador de Celanova. A partir del estudio de su documentación, María Inés había venido a contribuir a potenciar el “género historiográfico” de los señoríos monásticos medievales que, entre los años 1970 y 1995 aproximadamente, constituyó una vía de acceso al conocimiento de la economía, la sociedad y las relaciones de poder en marcos regionales de la península ibérica en la Edad Media. De un extremo a otro de la franja norte de aquella, el señorío monástico aparecía como la poliédrica institución, de trayectoria bien documentada, que controlaba tierras y dominaba hombres.

El paso de nuestro contacto intelectual al humano y personal tuvo lugar en Buenos Aires en el mes de abril de 1988 con ocasión de mi presencia, y la del ya fallecido profesor Julio Valdeón, como ponentes invitados en el congreso de homenaje al profesor José Luis Romero. Aquella reunión científica que, en cierto modo, vino a simbolizar la salida de la sociedad académica argentina del túnel de la dictadura y sirvió para rendir tributo de reconocimiento a un medievalista tan preclaro como Romero, me valió también para conocer a la investigadora celanovense, María Inés Carzolio, y, desde luego, al cónyuge cuyo apellido se paseaba ya por las páginas de los estudios de historia medieval española: Luis Rossi. Una agradable, a la par que colestérica, cena en “La chacra”, seguida por la asistencia al espectáculo porteño que ofrecía “El Viejo Almacén”, constituyó el momento inicial de lo que se iba a convertir enseguida en una relación de contacto y amistad que no se ha interrumpido hasta la actualidad.

Esos contactos y esa amistad se han trenzado en buena parte a través de los recorridos que los Rossi y los Cortázar hemos hecho, preferentemente, en tierras del reino de Castilla, yendo con plena conciencia del paisaje a la historia

—especialmente aunque no solo medieval— y de la historia al paisaje. Los paseos, con todo, comenzaron ya en abril de 1988 por rincones de la historia argentina: la plaza de los tres ombúes, la finca Pueyrredón o la hacienda de Mariquita Sánchez fueron algunas de las primeras estaciones de nuestros periplos. Visto desde la distancia de casi treinta años, aquel primer paseo —al compararlo con el último que, hasta ahora, he dado con María Inés y Luis— suscita en mí una fácil reflexión. En efecto, “por necesidades del servicio” y de los intereses académicos de las facultades de Humanidades en Argentina, María Inés ha ido deslizándose paulatinamente en sus investigaciones —y, sobre todo, en su docencia— del siglo X, de la Celanova de Cresconio, hacia los siglos XIV y XV, del Santo Toribio de Liébana, para entrar después en el estudio de los siglos de la Edad Moderna. Por el contrario, nuestros paseos comenzaron por algunos de los “lugares de memoria” del nacimiento de la República Argentina para concluir de momento, en la primavera de 2011, en el monasterio de Celanova y la evocación de san Rosendo. Para mí, la constatación encierra una pequeña metáfora: como la propia biografía profesional de María Inés sugiere, nada de lo que ha sucedido entre los siglos X y XX en España y en Argentina le ha sido ajeno.

En medio de esos veintitrés años, probablemente los viejos vociferadores de la calle Florida que tanto me sorprendieron en 1988, habrán dejado ya de atribuir, como hacían entonces, la falta de suficiente esfuerzo por sacar adelante el país al hecho de que “muchos compatriotas siguen pensando más en Catania y Lugo que en Buenos Aires y Rosario”. Sospecho que, del mismo modo que en los planes de estudio de las facultades de Letras de Argentina ha ido disminuyendo la atención sobre la historia europea, de la que, en última instancia, son hijos sus habitantes, también en la percepción social habrán ido decreciendo las evocaciones a los lugares de origen de los ancestros, fueran Sicilia o Galicia, en una palabra, Italia o España. En vez de ello, me parece que la contemporaneidad —por lo tanto, en este caso, la historia nacional y, como mucho, de América— ha ido achicando los intereses cronológicos, y por tanto históricos, de maestros y discípulos en Argentina.

Afortunadamente para ella y para su sensibilidad histórica, María Inés Carzolio ha sabido siempre asumir sus herencias familiares y combinarlas con la realidad del país en que nació y ha ejercido su magisterio. Ello le ha facilitado disponer de una amplia panoplia de intereses intelectuales, sobre

todo históricos, que, para mi admiración, le permiten pasear con soltura por referencias bibliográficas de un amplio espectro temporal y espacial. Su misma biografía como docente, que contrasta con el habitual encasillamiento académico de los profesionales españoles, la ha obligado, tal vez en ocasiones a su pesar, a realizar esos paseos historiográficos. Pero estos mismos son los que, combinados, a su vez, con la pasión argentina por “el relato y la interpretación de las desgracias de la patria”, han permitido a María Inés hacer buena la reflexión de Benedetto Croce: “En el fondo, toda historia es historia contemporánea”. Son las preocupaciones del presente las que, con sus preguntas, urgen y orientan nuestra atención al pasado. La misma historia, de contundente contemporaneidad, que Enrique Pinti nos brindó a través de su inolvidable “Salsa criolla” una tarde de abril de 1988.

Tras aquel primer contacto, mi siguiente encuentro con María Inés se produjo también en tierras argentinas. Fue tres años y medio más tarde cuando, aprovechando que mi mujer y yo realizábamos un viaje a Chile, me convenció para que impartiera un seminario en su cátedra de la Universidad de Rosario. Fue una actividad intensa que, durante cinco días, nos ocupó cinco horas diarias al grupo de sus estudiantes y a nosotros dos en torno al tema de la “Organización social del espacio en la España medieval”. A diez mil kilómetros de distancia del objeto de mis análisis históricos y a ocho o diez siglos de las realidades que explicaba, la experiencia, después de haber tenido contacto con la inmensidad de la pampa y con la caudalosa corriente del río Paraná, me resultó especialmente enriquecedora.

Comprobar cómo se prolongan y alteran en el espacio y el tiempo, a través de un mismo idioma aunque con variantes de vocabulario y a una escala muy diferente, las pautas de poblamiento y las formas de explotación de los recursos agrícolas y ganaderos constituye un experimento absolutamente recomendable para todo el que gusta de ver a la historia en el escenario del espacio. Un espacio que, en aquella lejana ocasión, se completó con un recorrido que, por el paso fronterizo de Gualeguaychú, llevó a los Rossi y a los Cortázar hasta Montevideo y Punta del Este para recorrer al regreso la Colonia de Sacramento. Fue en el curso de ese viaje, en el reducido cubículo del automóvil, cuando capté el medido equilibrio que a su matrimonio, y con un sentido del humor compartido, ofrecen la prudencia y comedimiento de María Inés y la exuberancia y dinamismo de Luis.

Del espacio y la historia de Argentina al espacio y la historia de España, en particular —aunque no exclusivamente— de la franja septentrional del reino de Castilla. La necesidad sentida por parte de María Inés de proporcionar a sus alumnos material documental y bibliográfico para que avanzaran en sus investigaciones fue siempre la razón esencial de sus cinco venidas a España que se escalonaron entre los años 1996 y 2011. En todas ellas tuvimos ocasión de reanudar nuestros contactos amistosos y profesionales y de hacerlo en el contexto de breves viajes que, en su conjunto, abarcaron todo el territorio que se extiende desde Navarra por el este hasta la costa atlántica de Galicia por el oeste.

Mis alumnos me han escuchado muchas veces decir que no hay experiencia más enriquecedora para un aprendiz de medievalista español que hacer un recorrido por tierra desde la costa del mar Cantábrico hasta el estrecho de Gibraltar, preguntándose por los accidentes del relieve, las formas de poblamiento, la tipología de las arquitecturas, las dimensiones y dedicaciones de las parcelas, la composición arbórea de los bosques y la anchura y caudal de los ríos. En ese recorrido desde las brumas del norte atlántico al blanquecino (por exceso de sol) firmamento andaluz, pasando por la diafanidad del aire y el azul del cielo en el pie de monte de la Cordillera central, es donde un medievalista —y, en general, un historiador— puede saborear parte de la historia de la corona de Castilla. La sensibilidad para captar paisaje y proyectarlo contra la coordenada del tiempo que vivió la península ibérica entre los años 711 y 1492 constituye una riqueza que va mucho más allá de la categoría de simple adorno erudito. Forma parte de uno de los requisitos para abordar con garantías cualquier estudio sobre la organización social del espacio, conocimiento que, a su vez, en la exigente confluencia de saberes de geografía, antropología, sociología e historia, abre puertas para el estudio de las formas en que las sociedades han ido articulando y proyectando sus estructuras de poder.

Ese deseable viaje de ida y vuelta del paisaje a la historia y de la historia al paisaje fue el que los Rossi y los Cortázar realizaron, aparte de excursiones de menor entidad por tierras de Toro y Zamora o por las de Gormaz y El Burgo de Osma, en cuatro ocasiones. Nuestro primer paseo español tuvo lugar a finales del mes de enero de 1996 y su escenario fue una de las zonas de mayor densidad artística e histórica entre las muchas que España brinda: las tierras de Navarra y La Rioja. Mencionar el reino navarro y la tierra riojana que entre los años 920

y 1076 formó parte de él, aunque en la segunda de las fechas pasara de la mano de Alfonso VI a su monarquía leoneso-castellana, es hablar de cosas tan variadas y sugestivas como el Camino de Santiago, con el que nos encontramos en el monasterio de Santa María de Irache, en las afueras de Estella, ciudad que vio nacer a uno de nuestros medievalistas de referencia, él mismo discípulo de don Claudio: el profesor José María Lacarra. Desde allí, circulando hacia el Pirineo, el camino jacobeo nos permitió pasar por Puente la Reina, lugar emblemático de la ruta a Santiago, donde confluyen los caminos que desde Francia atravesaban los Pirineos por los pasos de Roncesvalles y Canfranc. Avanzando hacia el este, la solitaria iglesia de Eunate, cuya planta octogonal, pariente de la de Torres del Río, evoca siempre la discutible presencia de templarios aunque no de miembros de órdenes militares en ambos lugares.

De la soledad absoluta de Eunate pasamos a la soledad cenobítica y benedictina de hábito negro del monasterio de Leire con su peculiar y antañona cripta, para, desde allí, buscar, a través de Javier —cuna del santo jesuita del siglo XVI y compañero de Ignacio de Loyola— la localidad de Sos del Rey Católico. El caserío apiñado de la misma, a cuyo nombre se añadió el apelativo de Fernando el Católico, por haber nacido allí, fue uno de nuestros finales de etapa. En definitiva, villa (Estella, aforada en 1090), camino (de Santiago), iglesia (de Eunate, románica), monasterio (de Leire, que dejó su huella en la historia desde el siglo IX) iban a ser elementos que, con las lógicas variantes de nombre propio, situación y emplazamiento, volveríamos a encontrar en etapas siguientes. En principio, en el itinerario de Sos hacia el suroeste, que nos llevó, tras admirarnos ante la fachada románica de Santa María la Real de Sangüesa, al espectacular escenario en que se asienta Ujué, cuyas condiciones de visibilidad permitían a sus vigilantes otear movimientos enemigos a más de cuarenta kilómetros de distancia. Después, a la palaciega Olite, a la que la mano rehabilitadora neogótica le otorgó un marchamo que, según el grado de formación del espectador, sugiere a unos los diseños de Viollet le Duc y a otros los del propio Walt Disney.

La visita de la iglesia románica y octogonal de Torres del Río nos devolvió al Camino de Santiago y al recuerdo de la de Eunate. Desviándonos un tanto de aquel antes de cruzar el río Ebro, que en ese tramo, durante siglos, sirvió de frontera entre los reinos de Navarra y Castilla, nos acercamos a la villa de Laguardia, capital del vino de la Rioja alavesa, emplazada en un cerro

alargado que cobija un plano ortogonal de solares regulares ya descritos en su fuero de 1164 y sitúa en sus dos extremos sendas iglesias. De ellas, la de Santa María ofrece una fachada con un espléndido conjunto escultórico de factura gótica. Desde Laguardia, cuyo topónimo no puede ser más expresivo de su función, por el camino más corto nos dirigimos a Nájera, la que, durante los años 1035 a 1076, fue residencia de reyes y segunda capital del reino de Navarra. Como conclusión de aquella etapa, escogimos un lugar que tiene para mí especiales connotaciones de belleza paisajística, historia monástica y señorial y trabajo investigador en el archivo del cenobio: San Millán de la Cogolla.

Al día siguiente, tuvimos ocasión de entrar en contacto con dos preclaros ejemplos de las fuentes que el historiador debe manejar con esmero. En principio, los testimonios materiales, arqueológicos, que nos brinda el llamado monasterio de Suso, situado arriba en el monte, en medio de un bosque que antes fue roblezal, y prolongado en un circuito de cuevas, escenario de la vocación eremítica de san Millán en el siglo VI. La estructura de su iglesia, de los siglos X y XI, nos la explicó con sabiduría y cariño el guía Teodoro, quien —como hacía antes su padre Tarsicio— no dejó de entreverar su ajustada descripción con algunas estrofas de los poemas del primer poeta de nombre conocido que escribió en castellano: Gonzalo de Berceo, asiduo visitante del lugar. De aquel emplazamiento, por incómodo, descendieron los monjes a mediados del siglo XI a su nueva instalación en Yuso, o abajo, en una de las terrazas del río Cárdenas. En la imponente construcción que oculta todo resto del edificio románico anterior, el padre Juan Bautista Olarte fue atento y erudito anfitrión, especialmente en la biblioteca, que, además de documentos, conserva el preciado *Becerro Galicano*, el cual, elaborado en torno a 1200, reunió en sus folios de pergamino algo más de un millar de textos.

Elementos arqueológicos retenidos en la iglesia de Suso y la necrópolis que la limita por uno de sus lados y documentos escritos conservados en Yuso: las dos fuentes informativas que, junto a los testimonios paisajísticos, abastecen la despensa del medievalista, del historiador. Por supuesto, toca siempre a este ordenar esas informaciones al hilo del modelo interpretativo que proponga y, sobre todo, toca a la honestidad científica que se le supone armar una hipótesis explicativa que atravesase con limpieza aquel conjunto de “requisitos de la teoría científica o síntomas de la verdad”, que Mario Bunge nos enseñó hace más de medio siglo.

El segundo paseo español de los Rossi/Carzolio en nuestra compañía lo realizamos dos años después del primero, en los últimos días del mes de enero de 1998. En aquella ocasión, María Inés, con su diligente ayudante de clases prácticas, su marido Luis, realizaban una estancia en Madrid —o, más concretamente, en el Archivo Histórico Nacional— en busca de alimento documental para ella y sus estudiantes. En una breve escapada que hicieron a tierras del norte de España, propusimos y desarrollamos un itinerario alrededor, en un sentido lato, del macizo de Picos de Europa. Y, en la perspectiva histórica, alrededor de los siglos VIII a XII. Este último siglo lo encontramos en la villa de Santillana del Mar con su colegiata románica en medio de un apretado núcleo de calles y casonas que recuerdan el destino de los primeros envíos de la plata de América: embellecer las casas de los hidalgos más afortunados, de aquellos que tuvieron éxito en su emigración al Nuevo Mundo o de los herederos que aprovecharon su audacia. Y detrás de esa belleza, la posición en el espacio, en este caso de la villa, cumpliendo uno de sus cometidos: ser un elemento definidor del estatus del individuo o del grupo.

Desde allí la ruta nos llevó, en términos históricos, al siglo VIII, y en términos historiográficos, a Claudio Sánchez Albornoz. Así nos sentimos los medievalistas al visitar Covadonga y la comarca de la Liébana, al evocar los primeros pasos de la monarquía asturiana y la actividad de aquel monje llamado Beato. Desterrada ya la idea de una reconquista capitaneada con gesto altivo e intrépido por Pelayo en aquellos riscos, queda siempre la pretensión de intentar reconstruir el itinerario de las primeras escaramuzas entre los montañeses asturcántabros y nobles hispanogodos y los musulmanes. Asimismo, desdeñadas las presuntas heroicidades, tratar de estudiar las formas y protagonistas del engarce entre la legitimidad visigoda y la que los autores de las crónicas del ciclo de Alfonso III buscaron a finales del siglo IX para los antecesores godos, vascos, cántabros y asturianos de su monarca.

Y de Covadonga, no tanto la *Cova dominica* cuanto la *Cova Onniae*, “la cueva del agua”, a la Liébana, ese circo de montañas que deja en medio cuatro pequeños valles que confluyen en Potes. En Liébana, por las tierras que rodean el monasterio de Santo Toribio, María Inés pudo encontrar todavía en el paisaje de finales del siglo XX los testimonios del siglo X que los documentos de aquel cenobio le habían proporcionado para sus estudios y los de algunos de sus discípulos. Si ya no resuenan en los montes los ecos de la



voz tonante de Beato en su duro enfrentamiento con el arzobispo Elipando de Toledo a propósito de las veleidades adopcionistas del prelado, el nombre del clérigo lebaniego se ha convertido en antonomástico de ese tipo de volumen que reúne e ilustra en sus folios el texto del *Comentario al Apocalipsis* redactado por él: de Beato, los beatos.

En el paso de la Liébana a la Pernía, nos topamos con la armoniosa belleza del románico rural de la iglesia de San Salvador de Cantamuda, templo que parece modelo reducido de algún otro de más envergadura aunque quizá no del mismo encanto y que sugiere una significativa concentración de excedentes y una jerarquización, a la vez, de iglesias y de aldeas. Y de la Pernía a la comarca de Campoo, donde el monasterio premostratense de Santa María la Real de Aguilar nos recordó que su pasado había encontrado narradora competente en otra historiadora argentina, María Estela González de Fauve. La visión del lugar y la evocación de la intérprete de su pasado medieval, ella misma discípula también del maestro Sánchez Albornoz y de otra señora medievalista bonaerense, María del Carmen Carlé, trajo para mí el recuerdo de mi visita en 1991 al Instituto de Historia de España de la calle 25 de mayo. A aquel lugar que —como escribí el mismo año en el prólogo a la edición del estudio de María Estela— constituía el escenario del “esfuerzo siempre quijotesco, hoy casi patético, de investigar en historia medieval de España desde los diez mil kilómetros que separan Buenos Aires de Covadonga”.

Un tercer paseo de María Inés y su marido por los paisajes del norte de España nos permitió recorrer tierras de León y, de nuevo, Asturias. Si en el año 910 García, sucesor de su padre Alfonso III, hizo el viaje de Oviedo a León para instalar aquí la nueva corte real, en los primeros días de octubre de 2003, los Rossi y los Cortázar lo hicimos en sentido inverso. También en este caso, María Inés había llegado a España —en concreto, a Valladolid— para rendir cuentas de su saber en algunos seminarios pero, sobre todo, para seguir abasteciéndose de documentos que sirvieran a sus estudiantes y a ella misma de fuentes para nuevos estudios, en este caso, de cronología más avanzada que en casos anteriores. Por esa razón, los riquísimos archivos vallisoletanos de la Real Chancillería y el General de Simancas fueron, aparte de la facultad de Letras, los escenarios de sus jornadas de trabajo. De estas escaparon ella y Luis hacia el norte, como he indicado, para realizar un nuevo paseo en nuestra compañía.

Por necesidades de acomodo de los respectivos puntos de salida (Valladolid, Santander) el itinerario escogido tuvo sentido sur-norte, desde Sahagún hasta el mar Cantábrico. La ruta nos puso en contacto con lo que, si se me permite un juego de palabras, fueron la memoria de un lugar y siete lugares de memoria. La primera la representó la villa de Sahagún donde, a duras penas, los arqueólogos han rescatado lo que pudo ser el plano del gran monasterio benedictino medieval de los santos Facundo y Primitivo y algunas de sus estructuras arquitectónicas. Nada, por supuesto, del sepulcro de Alfonso VI, el monarca que hizo del cenobio la capital religiosa de su reino y que escogió para su enterramiento. La huella de aquellos monjes de Cluny, a los que el rey alentó, ha desaparecido del lugar, aunque queda afortunadamente en la abultada documentación medieval que se salvó de la destrucción y se custodia en el Archivo Histórico Nacional. Allí se ha convertido en una especie de código de abstracción que ha eliminado de la información que los textos contienen las contingencias circunstanciales y contextuales (y, en este caso, hasta espaciales) que rodearon su producción originaria. Como en tantos otros casos en que ahora se empeñan los cultivadores de la historia social de la escritura, solo agudos ejercicios de memoria podrán devolver a los viejos diplomas las contingencias que los hicieron posibles.

Si la desaparición del monasterio de Sahagún ha dejado convertido su emplazamiento en “la memoria de un lugar”, las otras seis visitas nos permitieron vivir y comprobar el vigor de otros tantos “lugares de memoria”. Para empezar, la iglesia de San Miguel de Escalada, de la que los historiadores del arte —en un esfuerzo de momento de escaso rendimiento— proponen arrancar el adjetivo “mozárabe” para definirla y sustituirlo por otros como altomedieval hispano o de repoblación. Es tal la identificación mental que hacemos entre el arco de herradura y la arquitectura musulmana que no acabamos de asumir que aquel tipo de arco estaba ya en España antes del 711. Nuestra visita, por lo demás, coincidió con uno de esos momentos mágicos que nacen en la confluencia de silencio, atardecer y melodía. En aquella tarde, la de las canciones judías que, en la apacible luz del ocaso, entonó un grupo de peregrinos alemanes que hacían el camino a Compostela, en cuyos cantos parecían “anidar todo el dolor por la tierra ausente”.

Los otros seis lugares de memoria fueron las ciudades de León y Oviedo y las villas de Gijón, Lastres, Llanes y San Vicente de la Barquera. Esto es,

las dos capitales sucesivas de la monarquía (asturleonesa) que se construyó en el occidente de la Península entre los siglos VIII y XI, cada una con un patrimonio histórico y artístico que prolonga los testimonios de su existencia desde entonces hasta nuestros días. Forman parte de aquel las dos catedrales, góticas, templos de las sedes episcopales que facilitaban a un núcleo la adquisición del título de ciudad. Pero también los complementos respectivos: en León, la colegiata de San Isidoro, que, en su panteón real, alberga una verdadera *capilla sixtina* del arte románico; o el antiguo e impresionante convento de San Marcos, sede de uno de los maestrazgos de la Orden de Santiago, y, en Oviedo, las construcciones ramirenses, prerrománicas, del monte Naranco, tanto Santa María como San Miguel de Lillo. Pero más que de todos esos edificios, cuya erección se escalonó entre los siglos IX y XVI, un viajero, aun sin quererlo, toma conciencia de las contundentes diferencias con que el espacio en su componente estrictamente material ha establecido entre las tierras leonesa y asturiana.

Quizás es, precisamente, en rutas como la que, con sus 120 km de longitud, une y separa León de Oviedo donde el observador atento percibe tanto los condicionamientos propuestos por la naturaleza a los hombres como la acción de estos sobre aquellos. En una palabra, cuando el estudioso se da cuenta de que no hay historia sin espacio pero tampoco espacio sin historia. No el espacio que ha servido de simple escenario de una batalla o de sustento de una delimitación administrativa gestada en un despacho, sino el que se ha hecho paisaje humanizado; el espacio que, como discreto y casi siempre confuso palimpsesto, nos ofrece indicios de las sucesivas formas de articulación y modificación que, a lo largo de los tiempos y al compás del despliegue de precisas decisiones, se han ido transformando y sucediendo.

Ese espacio, con sus señas históricas distintivas, ha adquirido también sus formas peculiares en Gijón, donde la presencia de un asentamiento romano en un promontorio costero ayuda a comprender que los árabes del 713 lo eligieran como sede del poder regional. O lo ha adquirido en el bello pueblo de Lastres, donde, en un recomendable ejercicio de cultura, en la terraza acristalada del restaurante “Bitácora” se reponen fuerzas con los productos del mar y se siente uno atalayero de la costa cantábrica. Por fin, también en la costa, pero más al este, la villa de Llanes, fundada por Alfonso IX de León, y la de San Vicente de la Barquera, que recibió fuero de su primo Alfonso VIII

de Castilla, ofrecen también motivo de reflexión sobre la historia medieval de toda la franja costera septentrional del reino castellano.

Cuatro puertos, cuatro *hinterlands*, cuatro destinos diferentes en la diáctica de los tiempos y las sociedades. Al final, bajo aparentes similitudes, cuatro modos distintos de explotar el espacio físico y articular el espacio social como productos dispares que son de formas diversas de construir y hacer sentir las relaciones de poder en el doble juego de su posición social y su posición territorial. Como siempre en el trabajo historiográfico, toca al historiador percibir lo general en lo individual y lo individual en lo general. Sin lo primero, hay riesgo de descubrir mediterráneos, como tantas veces anuncian los llamados eruditos locales. Sin lo segundo, muchas veces aportado por esos mismos eruditos, tendremos la tentación de demostrar la hipótesis por la hipótesis y el modelo por el modelo, unificando, simplificando de tal modo la interpretación de los procesos que, al cabo, no se distinga la historia de Galicia de la de Castilla o la de León de la de Aragón.

La cuarta y, por ahora, última de nuestras salidas por el paisaje y la historia de la España norteña en compañía de María Inés y Luis tuvo lugar a finales del mes de marzo de 2011. En las visitas de años anteriores, el motivo principal de su viaje trasatlántico había sido la búsqueda y reunión de material documental y bibliográfico para ella misma y para los discípulos que, bajo su dirección, elaboraban sus tesis de licenciatura y doctorado. Como secuela subsidiaria de su presencia, María Inés había impartido seminarios de especialización en distintas universidades. En esta última ocasión, la profesora Carzolio invirtió la proporción de sus objetivos: escogió la Universidad de Cantabria, en Santander, y en ella desarrolló, una vez más, algunos seminarios, ya en la cátedra de Historia Moderna, pero sobre todo almacenó referencias bibliográficas y reflexiones para nuevos estudios que le brindaron los fondos de nuestra biblioteca y la experiencia investigadora de algunos modernistas de la facultad.

Como complemento tradicional a su presencia en España, de nuevo los Rossi y los Cortázar compartieron vehículo para recorrer y, con frecuencia, repasar espacios del noroeste peninsular. La escala en Avilés, no para recordar la historia medieval de aquella villa portuaria “gasconizada” en sus principios sino para visitar el original edificio del centro cultural diseñado por el arquitecto brasileño Oscar Niemeyer, constituyó el pórtico de entrada a

Galicia. Ya dentro de la tierra de los ascendientes maternos de María Inés, los platos fuertes de nuestra excursión fueron, sin duda, tres sedes episcopales y dos monasterios. La primera de las sedes, con la pequeña ciudad apiñada en la hondonada a su alrededor, fue Mondoñedo. La segunda fue Santiago de Compostela, una de las poblaciones de obligada visita en España para quienes gustan del arte y la historia, meta del Camino —o, mejor, de los caminos— a Santiago, elevados por la Unesco a la categoría de patrimonio cultural europeo. Allí, en su magnífica catedral románica, el recuerdo del egregio arzobispo Gelmírez —que, a comienzos del siglo XII, tanto hizo por engrandecer su sede— se fundió con el de aquel “Viaje a los archivos del Noroeste de España” que realizó don Claudio hace casi un siglo y que permitió al maestro de María Inés y de todos los altomedievalistas españoles pergeñar páginas que plasmaron con agudeza no exenta de desconsuelo la dura vida del investigador en los archivos eclesiásticos de nuestro país.

Afortunadamente, para la catedral compostelana y para otras muchas de aquel noroeste visitado por Sánchez Albornoz, y, en consecuencia, para los investigadores de comienzos del siglo XXI, ya no rezan sus descripciones entre pintorescas y pesimistas acerca de las posibilidades que un estudioso tenía de acceder a los respectivos fondos documentales. La labor de clasificación y edición de la documentación de las catedrales de León, Oviedo, Mondoñedo u Orense ha permitido hace algún tiempo poner al servicio de los intereses de los investigadores de nuestra historia las ricas fuentes escritas que los respectivos cabildos han conservado durante siglos. Aunque todavía no para todas, el juicio vale para una buena parte de ellas y ya sabemos que, dado el todavía muy incipiente desarrollo de la arqueología medieval en España, nuestra historia sigue sosteniéndose casi en su totalidad en los documentos escritos que don Claudio tuvo tanta dificultad en ver, guardados como estaban por celosos cancerberos, y que hoy podemos consultar sin problemas.

La tercera de las catedrales visitadas en nuestro periplo es, desde luego, más modesta que la compostelana: es la de la ciudad de Tuy. Erguida, aunque chaparra, en una colina, se alza como elemento de defensa en la frontera con Portugal, en la que el río Miño cumple función de amplio foso. Antes de adquirir su forma definitiva, el templo y la ciudad de Tuy sufrieron —como sucediera también en Gijón— la visita de los vikingos en el siglo IX, en un lejano y belicoso anuncio de lo que, andando el tiempo, se va configurando

hoy como el arco atlántico de Europa, después de que, todavía en la Edad Media, la Hansa desde el norte y la Hermandad de la Marina de Castilla desde el sur tuvieran ocasión de señorearlo entre los siglos XII y XV.

Para quienes por sus estudios las poseen, el recuerdo de aquellas referencias históricas en los escenarios correspondientes brinda sugerencias de contactos que llegaron de mucho más allá que de la aldea vecina o la comarca inmediata. Aun siendo una edad campesina, los tiempos medievales, particularmente desde el siglo XI, conocieron también contactos que hoy llamaríamos internacionales. Detectarlos, medirlos en sus justos términos y comprender esos contactos que llegaron por las vías del mar y la tierra constituyen también requisitos exigibles al historiador. Es precisamente con la lectura correcta de los mismos con la que evitamos ese descubrimiento de mediterráneos al que me referí más arriba. Tal vez para estos casos, más que para otros muchos de aplicación menos exigente, valga el recuerdo de aquel otro axioma historiográfico: “la única historia que vale es la historia universal”. A nadie se le pide investigar a su desmesurada escala pero a todos se les reclama que, al analizar el tema escogido y delimitado para su estudio particular, lo hagan desde la perspectiva de una doble convicción: la exigencia de un conocimiento de los procesos generales de la evolución de las sociedades y la aplicación de unos métodos que son universales y cuya correcta utilización es la única que puede asegurar la categoría de ciencia para nuestra disciplina.

Capacidad para insertar el caso particular en el caudaloso relato de la evolución general de una sociedad y destreza en el empleo de los métodos científicos universales son dos requisitos que acreditan que el estudioso posee una llave fundamental en toda investigación: la captación del marco espacial, social y temporal en que el caso que estudia resulta inteligible. En muchas ocasiones, esa inteligibilidad de nuestra historia exige romper con el corsé de una periodización (Edad Media/Edad Moderna) que, como barrera con frecuencia infranqueable, se alza en gran parte de las investigaciones. Comprender y estar familiarizado con la larga duración de los procesos ha facilitado a investigadores como María Inés Carzolio recorrer con soltura y solvencia, de atrás hacia adelante y de adelante hacia atrás, historias de España y de Argentina.

Nuestro periplo de la primavera de 2011, con el seminario impartido por María Inés en la facultad de Geografía e Historia de Santiago incluido, culminó en Galicia con la visita a los edificios de dos señeros cenobios. El primero fue

“el monasterio de María Inés”, esto es, San Salvador de Celanova, que, tras la aparatosa contendencia de su edificio y su templo barrocos, oculta todavía en el jardín el minúsculo oratorio en que, en el siglo X, san Rosendo realizaba sus oraciones. La proximidad de la capilla de san Miguel a un pedrón —un pequeño peñasco que pudo servir de escenario a cultos de carácter animista— ha animado a algunos estudiosos a proponer que la *cella nova* que erigió san Rosendo vino, como tantas veces ha sucedido en la historia, a recubrir y cristianizar ritos y creencias anteriores. El emplazamiento del que sería después poderoso monasterio gallego, que desparramaría sus numerosas posesiones por un amplio espacio —incluido, por supuesto, el norte de Portugal— habría servido ya mucho antes de la intervención de aquel abad y obispo como un *locus sanctus*. La santidad reconocida a un lugar la habría heredado el cristianismo, rebautizándola y utilizándola con un nuevo sentido.

El segundo y último de los monasterios visitados en Galicia se halla situado en la llamada “Ribeira sacra” de la provincia de Orense, que no necesita de especiales estímulos poéticos para asegurar su valor de entorno singular. De las huellas monásticas medievales dejadas en aquella ribera destaca, sin duda, el complejo de claustros y edificios que constituyó el monasterio cisterciense de San Esteban de Ribas de Sil. En el cañón del río en cuya media ladera se alza, convertido hoy en parador de turismo, el cenobio evoca la tarea y el poder de los monjes del Císter que arraigaron allí, como en otros numerosos lugares de Galicia, en el siglo XII. De hecho, la huella cluniacense en tierras gallegas, que llegó a ser notable en lugares como Celanova o Samos, quedó oscurecida en parte por la presencia generosa del monacato cisterciense.

La etapa final de nuestra excursión por la esquina del noroeste español se cerró, ya en tierras leonesas, con la visita morosa de tres lugares. El primero fue “Las médulas”, impresionante conjunto de rojizas colinas de restos de la actividad minera promovida por los romanos durante su dominio de Hispania. El segundo, la villa caminera y jacobea de Villafranca del Bierzo, que, como otras de la comarca berciana, cumplió con eficacia en la Edad Media las funciones que atribuimos a las villas: articular espacios, jerarquizar espacios, dominar el mundo rural. La época campesina que fue el medievo destiló en ocasiones, por voluntad de señores y reyes, el producto urbano de villas y ciudades que hace tiempo no se consideran ya “islotos anclados en el mar

del feudalismo” sino fruto necesario y consecuente del desarrollo de aquel, aunque contenedor de las contradicciones que lo erosionarían.

Por fin, el tercero de los lugares que visitamos en el Bierzo, y último hasta ahora de las excursiones que, en compañía de María Inés Carzolio y su marido Luis, nos permitieron viajar del paisaje a la historia y de la historia al paisaje, fue el monasterio de Santa María de Carracedo. El cenobio, rehabilitado en su emplazamiento, para el que la fotografía aérea capta aún el diseño del coto monástico, ejemplificó en la Edad Media una historia bien conocida: la de un grupo de monjes al que la autoridad y la devoción regias entregaron un lugar para construcción de su casa, hecho que aconteció a finales del siglo X. El control del monasterio por parte de nobles y, sobre todo, de miembros de la familia real leonesa no impidió el florecimiento de una vida espiritual que, dada la influencia y el poder de los patronos reales, se difundió por el entorno hasta el punto de crear células autónomas que se congregaron como filiales de Carracedo hasta que, a comienzos del siglo XIII, el conjunto pasó a manos del Císter. La actual soledad del lugar facilitó una visita detenida y espoleó la evocación de los trabajos y los días de los monjes medievales.

Monasterios y catedrales, aldeas y villas, caminos y calzadas, montes y valles del norte de España fueron, en las cinco ocasiones que he comentado, el destino de nuestros pasos por los espacios que, sin descuidar testimonios de otras épocas, dirigimos preferentemente hacia los siglos medievales. Al terminar mi evocación de aquellas excursiones que nos permitieron a María Inés y a mí mismo, ante el auditorio reducido pero atento de nuestros cónyuges, circular libremente por el espacio y, sobre todo, por el tiempo, conscientes de que “la prisión espacial es también una prisión temporal”, me parece pertinente recoger dos conjuntos de reflexiones conclusivas.

El primero resume algunos puntos de la “Advertencia final” que incluyó Georges Duby en el volumen que reunió, como *Diálogos sobre la Historia*, sus *Conversaciones con Guy Lardreau*. Decía el prestigioso medievalista francés:

Mi profesión consiste en hacer preguntas sobre el hombre (sobre el hombre de hoy) y en tratar de darles una respuesta estudiando el comportamiento de nuestra sociedad en una etapa anterior de su existencia. Para ello, interpreto vestigios, que llegan ya tratados por eruditos que me han precedido pero que yo debo todavía afinar más. En ese empeño, la moral de mi profesión me obliga a utilizar todo,



y exclusivamente, el material disponible; no puedo falsificar complementos. Y si la masa informativa es tan abundante que no puedo manejarla totalmente, si, en otras palabras, me veo obligado a elegir, mi elección nunca debe ser arbitraria.

Una vez aceptadas estas obligaciones, debo situar con exactitud cualquier información en el tiempo y en el espacio y, como lo que observo es la vida, debo librarme en lo posible de cualquier teoría que, por paralizante y desecante, pudiera hacerme prisionero. Por supuesto, que no pienso que soy totalmente libre porque, en el fondo, mi libertad sólo la ejerzo cuando hago mis preguntas a los testimonios del pasado. Para lo demás, soy prisionero; prisionero de mí mismo y de mi entorno personal, profesional y social, de mis propias coordenadas de tiempo y espacio.

El segundo conjunto de reflexiones, más pegado a las vivencias proporcionadas por nuestras excursiones por el norte de España, nos lo sugiere un pensamiento bien conocido que, entre otros, formulaba el escritor portugués Fernando Pessoa:

Los viajes son los viajeros. Lo que vemos no es lo que vemos sino lo que somos. Y en ese “ver” se combinan tres formas de erudición. La del conocimiento, que es la que propiamente llamamos erudición. La del entendimiento, que es lo que estimamos como cultura. Y la de la sensibilidad, que no tiene que ver con la experiencia de la vida salvo cuando esa experiencia restringe el contacto con la realidad y aumenta el análisis de ese contacto. Entonces sí, la sensibilidad se ensancha y profundiza.

También nosotros —esto es, María Inés y yo mismo y nuestros respectivos cónyuges (Luis; Mari Carmen)— pudimos ver en los paisajes de España su historia porque antes habíamos rellenado nuestras alforjas mentales con las categorías y los métodos que nos permitieron detectar, ordenar e interpretar los vestigios del pasado que íbamos hallando en nuestros periplos. Al hacerlo así, al combinar conocimiento y análisis de la realidad testimonial del pasado, pudimos ampliar nuestra sensibilidad para captar huellas que, quizás antes más brumosas, adquirieron, gracias a nuestras excursiones, perfiles más concretos, y ampliaron de ese modo el horizonte de nuestro oficio de historiadores. De ese modo, en un incesante, sutil y muchas veces subconsciente

juego dialéctico, fuimos pasando del paisaje a la historia y de la historia al paisaje. Al cabo de esas experiencias, uno siente que se multiplican las imágenes que nos devuelven un tiempo pasado que, con sus fragmentarias sugerencias, nos interpela sobre nuestro propio tiempo.